

2) Que el pasaje íntegro es una interpolación cristiana (Niese [1893], Schürer [1901], Norden [1913], Juste [1914], Meyer [1921], Zeitlin [1917]). 3) Que el pasaje es auténtico en su mayor parte con solo alguna alteración textual (Pelletier [1964], Feldmann [1965], Thackeray [1967], Winter [1968], Dubarle [1973], Wallace-Hadrill 1974], Bammel [1974], Betz [1982], Nodet [1985], Twelvetree [1985], Vermès [1987]).

La traducción castellana de la primera edición mereció, en su momento, elogiosos comentarios de los estudiosos en la materia. Nosotros nos sumamos a esas valoraciones, porque responden a la realidad. Podríamos decir que en el autor de la presente traducción concurren dos cualidades importantes y necesarias para toda buena versión: un buen dominio de las dos lenguas que se utilizan y un buen conocimiento de los contextos literarios de ambos idiomas.

Consideramos, por tanto, un acierto de la BAC la reedición de esta obra fundamental de Eusebio, y le auguramos una gran difusión en todos los ámbitos culturales.

D. Ramos-Lissón

Sabine MACCORMACK, *The Shadows of Poetry: Vergil in the Mind of Augustine*. University of California Press, Berkeley 1998, 258 pp., 15 ilustraciones.

El nombre de Agustín de Hipona impera sobre la tradición cristiana con tal majestad e influencia decisiva de muchos siglos que a veces no deja lugar a pensar en las influencias que otros autores tuvieron sobre él, como, por ejemplo, el gran poeta romano Virgilio. Nunca escribió Agustín sobre Virgilio pero leyó asiduamente sus obras, se dejó influir, naturalmente, por él y lo usó a lo largo de toda su vida de diferentes maneras y por razones distintas.

En este libro, Sabine MacCormack estudia la influencia que tuvo el poeta pagano sobre el escritor cristiano y concluye que no es posible dar una sola respuesta. Como todo lector que persevera con obras clásicas en una lectura y recuerdo continuo, Agustín leyó a Virgilio de manera distinta en su juventud y en su madurez. En la primera, la lectura es más emocional, mira al sentimiento, a la expresión en palabras de grandes pasiones humanas, mientras que más adelante en la vida, la poesía tiene eco en el espacio cristiano de un obispo preocupado por sus responsabilidades en su iglesia y en su comunidad monástica. Aunque no haya una respuesta única a este diálogo entre los dos clásicos escritores, pagano y cristiano, lo más importante es que Agustín vio en Virgilio un autor cuyos valores e ideas se mantenían vivos y con gran fuerza, por mucho que él mismo discrepara. No fue para él una voz en el pasado sino una presencia real. De ahí que en unas ocasiones parezca entablar un diálogo con el poeta y en otras pelearse con él. En sus dos libros más famosos, las *Confesiones* y la *Ciudad de Dios*, la presencia de Virgilio es notoria. En el primero, el viaje de Eneas aparece como un modelo a rechazar, mientras que, en el segundo, Virgilio es el portavoz de la civilización romana por excelencia. Navegando de Cartago a Italia Agustín se vio como otro Eneas, aunque de signo muy distinto. En lugar de buscar una tierra para su pueblo, Agustín cruza las aguas para encontrar al Dios verdadero. En la *Ciudad de Dios*, y de manera semejante, Virgilio no puede ser nada más que una sombra de la ciudad eterna, la construida por el amor de Dios.

Pero hay algo más en esta relación entre dos escritores, porque abundan las citas de Virgilio tanto en los libros como en los sermones y cartas de Agustín. Virgilio era el gran clásico latino, el poeta que formó y retocó el lenguaje, y es lógico que fuera utilizado de esa manera. Sin embargo, no fue para Agustín como escritor cristiano simplemente una fuente de «citas de adorno», ni tampoco de pensa-

mientos de gran poder persuasor. Más que usar el poder persuasivo de Virgilio, la presencia del poeta romano en Agustín es la presencia de haber sido persuadido por él de alguna manera, a veces profunda y duradera. Por supuesto, comparado con la influencia de la Sagrada Escritura, la de Virgilio sobre San Agustín, es una gota en el mar. Cuando lo cruzó para regresar a África, el texto sagrado judeo-cristiano se puso de forma definitiva y absoluta en primera línea, pero la influencia del poeta romano siguió presente aún en contra del sentimiento cristiano de Agustín.

A. de Silva

Ramsay MacMullen, *Christianity & Paganism in the Fourth to Eighth Centuries*, Yale University Press, New Haven-Londres 1999, 282 pp.

La transición del paganismo al cristianismo no ocurrió de la noche a la mañana, ni aconteció en dulce y suave persuasión facilitada por una creencia pagana ya débil y agonizante, incapaz de resistir la verdad evangélica, sino que ocurrió con la protección y persecución del gobierno imperial romano y en una persistente influencia de los dioses antiguos y de las prácticas religiosas tradicionales. Estas tesis fundamentales de MacMullen no han sido del todo desconocidas pero su prodigiosa erudición las deja ver con mayor fuerza aunque sean susceptibles de una interpretación más refinada. De cualquier modo la complejidad de la historia en esos cuatro siglos tiene considerable interés para el creyente moderno.

A principios del siglo XX Chesterton, por ejemplo, veía a los discípulos de Cristo triunfando no sobre un paganismo enfermizo y moribundo sino sobre una religiosidad vibrante y llena de vitalidad. En piadosos oídos cristianos, el mismo término «pagano» suena a algo rápido e inconsistente, pero no hay duda de que el paganismo era una religión completa y

antigua, con fieles, creencias, deberes de piedad religiosa, tradiciones de muchos siglos y todas profundamente arraigadas en la vida familiar y social. La presión religiosa por parte cristiana, desafortunadamente, tampoco es desconocida, y esta obra la documenta con una pasión un tanto violenta y quizá excesiva.

El primer capítulo, titulado «Persecución», describe el empeño cristiano de eliminar el paganismo de una vez por todas. En el tercer milenio de la Iglesia no puede extrañar ni escandalizar a nadie que MacMullen hable de persecución contra los paganos. El aumento de oficiales cristianos, eran ya mayoría hacia los años 360-370, facilitó a mediados del siglo V que el poder imperial se convirtiera en instrumento de una «persecución» [sic] que hizo más conversos que mártires pues fuera del judaísmo y cristianismo ninguna creencia religiosa antigua contempló en serio el martirio. Pero el paganismo probó ser «algo de gran resistencia» y aun cuando no quedaban espacios religiosos para los dioses de antaño ni más templos en pie, persistió como culto privado (exactamente como algunos creyentes japoneses mucho después mantendrían la fe cristiana). Lo que para los cristianos era mera superstición, para los paganos era más que una creencia dada la estrecha conexión entre lo sagrado y lo profano; los dioses del campo, por ejemplo, no eran algo abstracto sino unido de manera vital al interés por cultivar bien. La misma noción de *pietas* es pagana. Todo tipo de necesidades humanas ordinarias eran satisfechas por la religión tradicional pagana. Con todo, la expansión cristiana contribuyó a cierto desprestigio de la misma institución cristiana.

El capítulo titulado «Asimilación» no es menos interesante. Muchas costumbres y modos de conducta paganos se metieron como por ósmosis en el estilo cristiano. (No hay aquí lugar de entrar en la cuestión del cristianismo «puro»). Ni es pequeña curiosidad el que muchas cosas que para muchos creyentes